



ARTE

# Memoria y modernidad. Arte y artistas del siglo XX en CLM

## Silencios y melancolías

*Delfín Rodríguez*

Catedrático de Historia del Arte  
Universidad Complutense de Madrid

Decía Maurice Barrès que El Greco había dejado por toda riqueza y herencia cuadros manchados y, por su parte, Azorín había descubierto que en La Mancha hay pueblos andantes y vecinos de esos pueblos que viven entre el silencio, la quietud y la melancolía de lo real y en una tierra de la que brotan con naturalidad quimeras, fantasías, desvaríos, ensueños, como los del *grande loco*. Una tierra en la que es posible descubrir la libertad de la luz y del paisaje y su tragedia, con gentes sin vocación de vencedores o, como escribiera María Zambrano, una tierra especial, «esa Palestina de España que es La Mancha», fronteriza, universal y local, territorio y mesa a la vez, paisaje y bodegón.

Lo describía con pulcritud de falso notario Ramón Gómez de la Serna al recordar cómo, al poner la mesa en una vieja hostería toledana, los vasos y botellas se disponían como en un cuadro pintado que decoraba la sala. Lo real era lo pintado y lo pintado era casero y cotidiano.

De este modo, entre «cuadros manchados», pueblos «andantes», silencios, melancolías, fantasías y desvaríos, entre paisajes de luz y bodegones caseros o pájaros de tierra, se ordenan en



Javier Baldeón: *Atlas* (2000).

esta exposición las imágenes y los objetos sobre la memoria y la modernidad del arte y los artistas en Castilla-La Mancha durante el siglo XX. Una geografía que, como recordara Azorín en *La ruta de Don Quijote* (1905), es, a la par que real, imaginaria, local y global. Mapa impreciso, territorio incierto, dibujado por el caminar de personajes de ficción y sólidos como un cerro testigo, por gentes que, según Azorín, no quieren saber de los académicos, aunque aquí el escritor también es benévolo: «Y los académicos —escribe— no se sabe a punto fijo lo que son. Los académicos son... para todos, algo como un poder oculto, poderoso y tremendo; algo como una espantable deidad maligna que ha hecho caer sobre La Mancha la más grande de todas las desdichas, puesto que ha decidido que... Cervantes no ha nacido en Alcázar».

La exposición, patrocinada y promovida por Caja Castilla-La Mancha, con la colaboración inestimable de museos como el Reina Sofía o el de Bellas Artes de Bilbao, la Biblioteca Nacional o la Residencia de Estudiantes, la Filmoteca de Cataluña o la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, además de coleccionistas privados, galeristas y artistas, tiene un carácter itinerante, andante, que, de Toledo a Sevilla o Alicante,

### RESUMEN:

El comisario de la exposición, que ha recorrido ya algunas ciudades de nuestra región (y de fuera de ella) Delfín Rodríguez, explica en este texto el planteamiento de la muestra. Insiste en que no se trata de "un recorrido por artistas locales, ...sino un recorrido por artistas que se han detenido o apropiado de este territorio"; de ahí la abundante presencia de artistas foráneos. En el artículo resume las tres etapas en que se divide la exposición, haciendo especial hincapié en la percepción que de Castilla y La Mancha tuvieron los hombres de la generación del 98 tanto escritores como pintores.

Centro de Estudios  
de Castilla-La Mancha

pasando por las cinco capitales castellano-manchegas, se detiene también en Madrid.

Dividida en tres apartados de carácter histórico, su argumento es, en realidad, temático y como tal, inasible, pendiente sólo de los detalles, de quienes han sabido hacerlos tema del arte. No es, por tanto, una historia de artistas locales, sino un recorrido, entre el tumulto de los recuerdos, la serenidad de la memoria y la Historia, entre artistas que se han detenido o apropiado de ese territorio, interpretándolo, convirtiéndolo también en lugar de otras meditaciones ajenas a lo local, o haciendo de esto último algo tan poco significativo que incluso puede llamar la atención. Las ciento veinte obras reunidas se ordenan en tres apartados históricos.

**Por los caminos de la modernidad (1898-1939).** Es éste uno de los períodos más apasionantes y conflictivos la Historia del Arte del siglo XX, el que va de la crisis del 98 a la II República y su dramático final en la guerra civil (1936-1939). Un período en el que se mezclan, en sus orígenes, la exaltación de lo propio, de lo nacional y castizo con la búsqueda de valores esenciales y eternos que, despojados de historia, pudieran acomodarse a las ideas de progreso y renovación.

Un conflicto entre la tradición local y lo europeo que se vio cruzado y alterado por la pasión de las vanguardias y de los historiadores y viajeros por la pintura del Greco, cuyas manchas y figuras tan próximas parecían estar a algunas de las poéticas modernas, como si el arte de la vanguardia europea nos enseñara a mirar la pintura del cretense con ojos modernos.

Una tarea en la que cumplieron un papel fundamental artistas como Darío de Regoyos o Ignacio Zuloaga, pero también intelectuales e historiadores como Manuel Bartolomé Cossío, Maurice Barrès o Sigfried Giedion.

Y, al lado del interés por El Greco, los artistas redescubrían los paisajes, las tiendas, bazares y comercios, las gentes, las luces, las naturalezas muertas, como si toda Castilla-La Mancha fuera un enorme bodegón dispuesto a ser pintado, dibujado, esculpido, escrito o construido. Así, de Beruete a Vázquez Díaz, de Alberto Sánchez, Benjamín Palencia, Lorca o Buñuel a García Maroto o Gregorio Prieto, los momentos más significativos de este interés lo son, a su vez, para el arte español y europeo.

**Memoria y dictadura (1939-1975).** La guerra civil rompió aquel proceso de relaciones apasionadas y modernas con la Historia y los paisajes de una precisa geografía. Los temas del pasado y de la tradición no son ya entendidos como una excusa para hacer un arte nuevo, sino que son llamados en auxilio del nuevo poder político, disfrazando sus carencias y su violencia.

El arte, convertido en retórica por artistas que venían del proyecto moderno truncado por la guerra civil, de Zuloaga a Benjamín Palencia, permitió y favoreció la venganza de artistas tradicionales, académicos y «de veta brava», castizos y españoles, oportunistas con oficio. La recuperación fue lenta y silenciosa, a hurtadillas, con artistas cansados de tanta victoria.

En este contexto, de nuevo los viejos y desnudos paisajes acogieron la melancolía y el desasosiego de los más jóvenes y la lección estética y moral de la inmediata y rota tradición moderna. Del informalismo y del realismo crítico de Canogar al lirismo de Zóbel, de los gritos despojados de Saura a los sueños de G. Prieto, de los poemas de Angel Crespo o los silencios pintados por A. López García a las pinturas de Guijarro, Nieva, o Agustín Úbeda, el panorama recupera la tensión de un drama y reclama, mirando con ojos de artista, la libertad y la memoria. Figuraciones y abstracciones, del Equipo Crónica a María



Antonio López García: *Josefina leyendo* (1953)

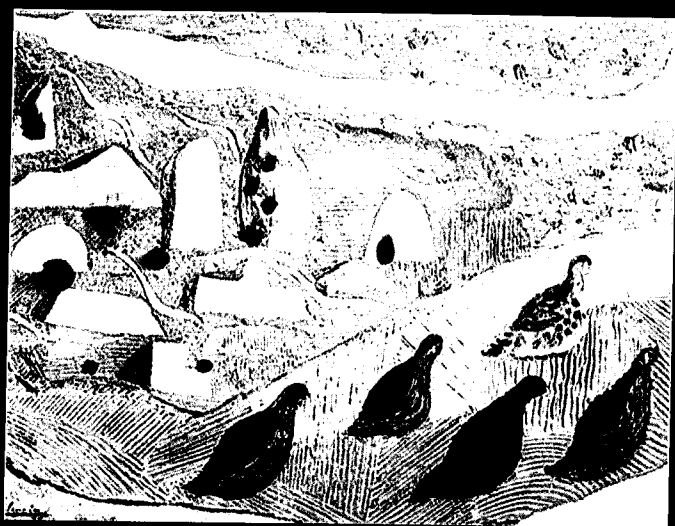
Moreno, de Lucio Muñoz a Amalia Avia o Isabel Quintanilla, del normativismo de Yturralde a los árboles de la alegría de José Luis Sánchez, el arte local y español se cruza con pasión con este territorio real e imaginario.

**“Pintura mancha” (1975-2000).** Los años del final del franquismo y de la transición democrática fueron años de una tensión intelectual, política y artística poco frecuente. En 1976 parece acabarse un ciclo ensimismado que se había iniciado en torno a 1900. El arte y los artistas ajustan cuentas con sus propias tradiciones, tanto las académicas como las modernas, tanto con la historia como con la vanguardia. En este período el arte se ha hecho posmoderno y multicultural, global y local a la vez. La democracia llenó de optimismo al arte, oscilante entre la recuperación disciplinar de «cuadros manchados» y la destrucción de fronteras y disciplinas. El mercado, las políticas culturales o la infinita proliferación de museos y centros de arte contemporáneo fueron entendidos como un síntoma de vitalidad, como un despertar. El arte también se ha hecho uno con el espectáculo: se trata de consumirlo.

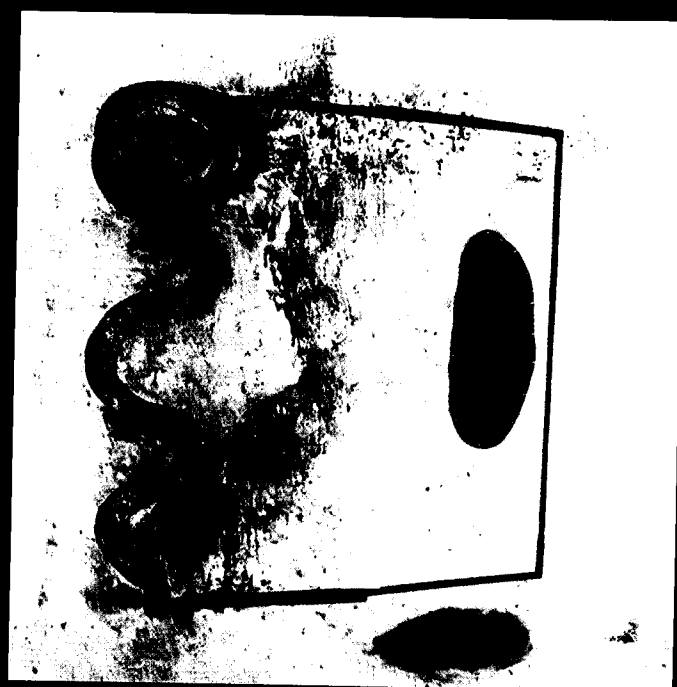
La memoria y la modernidad son ya reliquias que algunos desean tan sólo proteger del deterioro, objetos de políticas de conservación, obras merecedoras de una atención ecológica. Aunque también los artistas saben que esta tierra, ¿como todas?, es andante. Y, en este mapa, las obras de Castrortega o Javier Baldeón, de Dionisio Cañas o D. Verbis, de M. Espósito o H. Molero, O. Benedí o P. Almodóvar, entre otras, configuran una geografía rota, un plano sin forma que, como la vieja ciudad antiutópica de Farfella, cambia todos los días de nombre y de lugar. Porque, como diría Borges, Mancha es una palabra de cinco o seis letras, como arte. ■



Ignacio Zuloaga: Vista de Toledo (hacia 1900).



Benjamín Palencia: Tierra silúrica. Las perdices (1931).



Pedro Castrortega: Ejemplo de placer (1989).